

UNA PERIPECIA TROPICAL



Recalada

LO-io, Rrr; lo-io, Rrr; lo-lo, Rrr...; los chifles de los contra maestres, con sus toques de iza y arría continuados, repetían la orden de maniobra general para arriar y cargar todo el aparejo. Era la mañana del 15 de marzo de 1977 y el *Juan Sebastián de Elcano* se disponía a dar fondo en la bahía de Pao Pao de la isla de Moorea, emprender los trabajos de preparación para la entrada en Papeete dos días después y completar así las 31 singladuras desde Valparaíso.

de marzo en un día memorable: diana floreada, casetas de feria y pasacalles por cubierta, rancho extraordinario y funciones burlescas de guardiamarinas y dotación.

Viento y mar se mostraron bastante favorables, no así magnitudes como temperatura y humedad, que fueron muy altas y afectaron a la vida a bordo con la avería durante todo el tránsito de un evaporador de los dos existentes, situación crítica dada la poca capacidad de aquellos sistemas de producción del líquido elemento. La voz de ¡bombero!!!, agua!!!,

La travesía del Pacífico había sido bastante monótona: tras 24 singladuras desde la partida de Chile, no habíamos avistado ni buque ni tierra alguna, hasta que se interpuso en nuestra derrota el atolón de Reao, ya en la Polinesia Francesa. Contribuyó a mitigar esa monotonía la preparación y celebración del quincuagésimo aniversario de la botadura del barco, que convirtió el 5



Al ancla en Moorea. (Imagen facilitada por el autor)

Francisco José CORTÉS URÍA



(retirado)

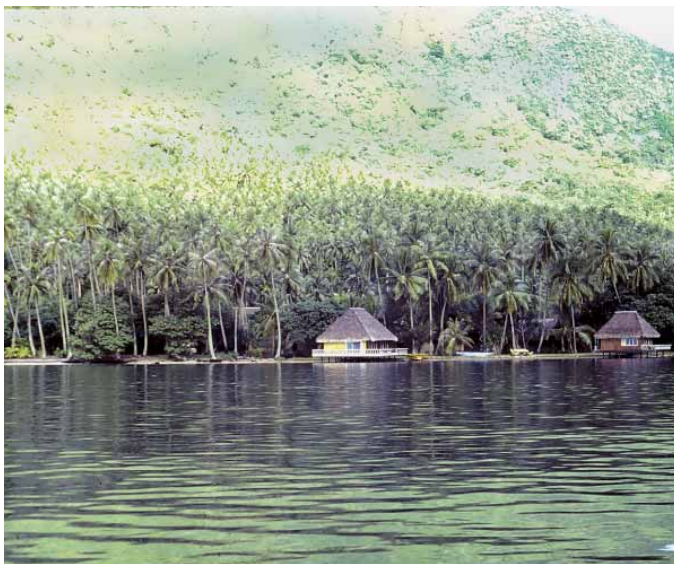
A mi brigada (ingreso en agosto de 1974), compañeros de vivencias inolvidables y de ilusiones imperecederas.

que subía al alcázar por el tambucho de las duchas de guardiamarinas, tan habitual en otras navegaciones, se escuchaba cada semana con menor frecuencia. Esta circunstancia añadía fuerza y patetismo al grito en demanda de mayor generosidad en el suministro, pero nunca enterneció lo más mínimo al destinatario, que tenía muy clara la prevalencia de las órdenes del mecánico de cargo sobre cualquier otra consideración.

Las limitaciones de agua dulce afectaban también a la lavadora, que funcionó poco. En estas condiciones, las frecuentes duchas con agua salada en cubierta, aunque servían suficientemente para el refresco y aseo personal, contribuían a la creciente coloración, aspereza y rigidez de las sábanas, que a la llegada a Tahití alcanzaron su mínimo de pulcritud en todo el crucero.

Guardiamarinas, lejos todavía de alcanzar las competencias técnicas de egreso. (Imagen facilitada por el autor)





Bahía de Pao Pao. (Imagen facilitada por el autor)

Pero todo esto pasó rápidamente al olvido esa mañana de la recalada a la vista del exótico paisaje que ofrecía el fondeadero. Se autorizó el baño y pudimos desembarcar francos unas horas en los botes y caminar entre cocoteros junto a los palafitos de la bahía. Hubo quien, con gran destreza exploradora, dio con algún lugar donde beber una cerveza; pero la mayor parte nos conformamos con pasear, hacer fotos y beber agua de los muchos cocos que había, eso sí, después de un arduo aprendizaje para acceder a su interior tras descubrir que la naturaleza había dotado al fruto de una fastidiosa capa fibrosa por encima de la dura.

Papeete

En la mañana del 17, jueves, después de una navegación a palo seco de dos horas entre las islas de Moorea y Tahití, realizado el saludo al cañón a la plaza, amarramos en el muelle de paquebotes de Papeete. Era algo pequeño

para el barco: el bauprés y parte del castillo sobrepasaban su extremo y hubo que dar el largo de proa a un pantalán que estaba a más de 30 metros de la roda y que enlazaba con el muelle por dentro de la línea de atraque. Pero, para nuestro provecho, estaba muy bien situado en la parte antigua de la ciudad, próximo a los edificios de las principales instituciones y con bastantes tiendas, bares y restaurantes cercanos.

Las actividades oficiales para nosotros, los guardiamarinas, fueron parecidas a las de las

otras escalas: visitas profesionales a diversos centros civiles y militares, ofrenda a los caídos, en este caso ante el monumento a los tahitianos muertos en la Segunda Guerra Mundial, y las recepciones oficiales, que eran siempre una oportunidad estupenda para hacer amistades.

La que ofreció el gobernador de la Polinesia Francesa en su mansión el mismo día de la llegada fue una de las mejores del crucero. Había muchas jóvenes invitadas y la comida era magnífica. En la amplia sala columnada con patio central abierto, un grupo considerable de guardiamarinas, avezados ya en estos eventos, se había colocado interponiéndose entre la zona de entrada de camareros y el lugar reservado a las autoridades; allí estaban, disfrutando de su puesto, hasta que hizo su aparición a los sones de una música trepidante un grupo folclórico, con vestidos pintorescos y escasos, danzando muy vistosamente. Con intuición y astucia, los guardiamarinas hicieron un movimiento táctico muy oportuno entre columnas para



Vistas de Tahití.
(Imagen facilitada por el autor)

alejarse de las autoridades, de manera que cuando la bailarina principal, con el cimbreo de las plumas y el vaivén de los cocos, buscó marinos españoles para que la acompañaran en el baile, topó directamente con el comandante. Éste no quiso o no pudo negarse a la invitación y salió a la palestra secundado por uno de los oficiales que estaban junto a él. Ambos superaron el trance con bastante dignidad, imitando lo mejor que pudieron durante un par de minutos eternos los movimientos muy vivos y exigentes de los danzantes. Los guardiamarinas no fueron corregidos por su cobardía y falta de colaboración con el mando, y al día siguiente pudieron citarse con las amistades de la velada, lo que dice mucho de la bonhomía del comandante, un marino admirable y muy querido en la Armada.

Las actividades durante el tiempo libre en horas diurnas consistieron, fundamentalmente, en excursiones a preciosas playas y amenos lugares del interior con aguas cristalinas y vegetación exuberante. Hubo un apoyo importante de la Marina francesa en forma de autobuses y embarcaciones para la dotación.



También fueron muchos los lugareños que se ofrecían con sus vehículos para realizar estos paseos.

Por la noche, lo habitual era entretenerse en los bares y pubs próximos al puerto. Había más de una discoteca atractiva en hoteles de las afueras de la ciudad, pero muy pocos optaban por ellas ante el coste del transporte y la dificultad para conseguirlo.

Y así transcurrieron, muy apaciblemente, los cuatro primeros días de puerto.

Tempestad y calma

Pasada casi una hora de la medianoche del domingo día 20, estábamos unos cuantos guardiamarinas intercambiando las impresiones del día en la camareta, a punto ya de acostarnos, cuando percibimos a través de la lumbrera abierta cierto alboroto en cubierta. Subimos al alcázar y vimos a un marinero que parecía aturdido, con la camiseta de ribetes ensangrentada y rota, al que dos compañeros conducían a la enfermería por la banda de babor, que era la de tierra. Oímos un vocerío intenso y turbador, cuya procedencia encubría la marea que dejaba al alcázar por debajo del muelle. Trepamos por las escalas de toldilla y alcanzamos una vista clara de la algarada que tenía lugar cerca del barco.

En la explanada que se extendía de través a proa y enlazaba el muelle con la ciudad, a unos doscientos metros del portalón, se distinguían los uniformes blancos de unos cien guardiamarinas y marineros divididos en varios grupos, dando casi todos la espalda al barco; más lejos, separados unos treinta metros de ellos, se veía un número similar o mayor de tahitianos muy exaltados, que gritaban y blandían objetos que no alcanzábamos a identificar; en el pequeño parque arbolado que se extendía del través a popa pegado al muelle había también unos pocos, sobre siete, con palos en la mano. Cerca de los nuestros se divisaban tres o cuatro policías locales junto a su coche; una ambulancia con su sirena y luces activadas se acercaba al lugar procedente del centro de la ciudad; por último, junto al portalón en tierra, un pe-

queño grupo de la guardia, formado por un oficial, un guardiamarina y dos marineros, todos armados, miraba hacia el tumulto.

Conviene suspender aquí la narración para dar cuenta al lector de cómo se llegó a esta sobrecogedora situación y pueda así comprender lo sucedido mejor que los asustados observadores de toldilla, ignorantes de los hechos previos que se van a contar a continuación.

Como se ha dicho, la mayor parte de la dotación y los guardiamarinas pasábamos las horas nocturnas de francos en locales cercanos al atraque, muy animados y concurridos por hombres y mujeres, tahitianos en su mayor parte. Fue en uno de éstos, el Piano Bar, en el que se produjo una pelea entre un joven francés y un marinero, que acabó con la expulsión de ambos del local. Lo que en sí mismo no parecía tener demasiada importancia se complicó con la continuación de la trifulca en la calle, que fue creciendo y, muy sorprendentemente, provocó una especie de reacción en cadena de gente procedente de otros locales en las calles próximas, como el Royal Papeete y el Zizou.



Instantánea de un enfrentamiento. (Fuente: *Le Journal de Tahiti*)

Se multiplicaban las agresiones de los tahitianos a los españoles que estaban en esas calles y que se prestaban apoyo entre sí como podían; también atacaban a los que, ajenos a todo, volvían al barco procedentes de otros lugares, y algunos hombres y mujeres isleños que intentaban proteger a los españoles salían tan mal parados como ellos. El marinero ensangrentado del alcázar que vieron los guardiamarinas había sido sorprendido y agredido en una de las muchas escaramuzas cuando regresaba solo al barco.

El oficial comandante de la guardia, que tuvo aviso temprano de las peleas, había enviado a dos guardiamarinas con la doble misión de obtener más información sobre lo que pasaba y de difundir entre los francos la orden de retornar a bordo. (Quiso el destino que este teniente de navío fuera el mismo que tres noches antes acompañó al comandante en el baile tahitiano en la residencia del gobernador. No podía haber imaginado entonces que tendría que entrar de nuevo en danza, ahora en una muy diferente).

Un oficial que volvía al barco asumió el cometido de organizar el regreso de la gente. Reclutó en la calle a unos treinta guardiamarinas y marineros y estableció contacto con los policías locales presentes, que hasta entonces se habían limitado a separar a algunos contendientes y que accedieron a acompañarle sin mucho entusiasmo en su recorrido por los pubs más próximos. Finalizada la recogida de los rezagados que encontraron, se dirigieron hacia el muelle, aproximándose a los francos que todavía estaban en las proximidades de la valla. Un grupo considerable de tahitianos había seguido de cerca su manobra de rescate, aumentando paulatinamente su número y también su excitación. Les perseguían de cerca y, como muestra de sus

intenciones, se habían ido armando de barras, cadenas, palos, botellas y piedras.



Extraña imagen de marineros a la carrera.
(Fuente: *Le Journal de Tahiti*)

Y con esto llegamos al punto en el que suspendimos la narración de la escena contemplada por los guardiamarinas de toldilla, que podemos ahora reanudar. Presenciábamos el suceso resignados al papel pasivo de observadores, pues el comandante de la guardia no quería más gente en tierra, cuando sentimos un aumento del griterío y vimos cómo se desataba un ataque de los tahitianos sobre el grupo de españoles más alejado del barco. A partir de entonces, aquello se convirtió en una auténtica batalla campal. A bordo se percibía como una aglomeración desordenada de los dos bandos, una gran melé, que se iba aproximando poco a poco al barco; los nuestros retrocedían defendiéndose de los tahitianos, pero teniendo que contratacar de vez en cuando para recuperar a los que se iban quedando atrás, algunos por los suelos, y evitar su linchamiento. Llegó en ese momento la patrulla en tierra de la Marina

francesa, que intervino para defender a los nuestros, sufriendo también golpes mientras su coche era apedreado junto a la valla.

Todo transcurría muy rápido y, cuando los españoles más cercanos estaban ya a cincuenta metros del portalón, vimos que el reducido grupo de la guardia se abría en línea, separándose unos metros del portalón; uno de ellos montó el arma y disparó dos tiros al aire. El efecto fue inmediato y sorprendentemente efectivo: la pelea se interrumpió, los contendientes se fueron separando unos de otros y ambos bandos se distanciaron de manera apreciable. Los nuestros aprovecharon el momento para acercarse rápidamente al barco sin oposición alguna. Embarcaban atropelladamente, los efectos de la pelea eran patentes en muchos, y unos pocos, muy mal parados, necesitaban ayuda para pasar la plancha. También subió a bordo la patrulla en tierra francesa y, finalmente, la guardia del portalón. Mientras tanto, el grupo principal de tahitianos se mantenía a unos ochenta metros del barco y junto a ellos se veía a la policía, que había incorporado más agentes.

Bajamos al alcázar, donde el oficial comandante de la guardia daba órdenes para preparar el barco para lo que pudiera pasar. Reforzó la guardia militar, enviando un guardiamarina, un cabo primero y dos marineros al castillo y un guardiamarina y un cabo primero a la toldilla. Algunos oficiales y suboficiales le ayudaban a calmar los ánimos de alumnos y dotación y mandarnos a los sollados. Había mucha exaltación por nuestra parte y llegamos a pedir que se nos repartieran los cetmes del cargo, lo que con muy buen criterio se nos denegó. Así que tuvimos que conformarnos con echar mano a los cabilleros y propaos de los palos mayores y armarnos con cabillas con las que repeler un asalto que nos parecía inminen-

te. Algunos subimos a la cubierta de botes para ver mejor lo que pasaba.

Superada la impresión de los disparos, los tahitianos se habían acercado a unos 20 metros del barco, juntándose el grupo principal con los que permanecían en los jardines. La policía local estaba junto a ellos y se les veía conversar. Su actitud volvía a ser amenazante: mostraban sus armas de fortuna, proferían insultos y hacían gestos obscenos. De repente, dos de ellos salieron del grupo, se dirigieron hacia el noray del pantalán próximo donde encapillaba el largo de proa y comenzaron a dar golpes de machete para cortar la amarra. A la orden del guardiamarina del castillo, un marinero disparó con su cetme un tiro al agua cerca de los asaltantes, que volvieron corriendo a refugiarse entre sus compañeros. A partir de ese momento, se vio a la policía, que ya superaba los diez agentes, mostrarse mucho más activa, dispersando al grupo con decisión y golpes de porra. Poco a poco, se fueron alejando del muelle, aunque se seguía viendo a algunos por fuera de la valla. Nosotros, ya sin argumentos para continuar la misión autoimpuesta de defensa, devolvimos las cabillas al lugar que les correspondía, adujamos los cabos que habíamos dejado en cubierta y nos fuimos a dormir.

Mientras descansábamos, los responsables de verdad tenían cosas que hacer. El comandante ordenó que, a través del oficial de enlace, se contactara con las autoridades navales y civiles. Rápidamente, se presentaron a bordo el comandante del buque anfitrión, el jefe de la Gendarmería y el jefe de la policía local. Se decidieron y pusieron en práctica medidas que, por un lado, garantizaran la seguridad del buque en su ataque y, por otro, facilitaran el regreso de los que todavía estaban en tierra. Esa misma noche se produjeron detenciones

de algunos cabecillas de los alborotadores y los francos que faltaban regresaron sin novedad a bordo en vehículos dispuestos al efecto.

Se atendió a los heridos, de los que pasaron por la enfermería un total de quince: un oficial, cuatro guardiamarinas, un suboficial y nueve cabos y marineros, que presentaban una variada muestra de erosiones, contusiones, hematomas, hemorragias nasales y heridas inciso-contusas. Dos de ellos, un guardiamarina y un marinero, quedaron rebajados de todo servicio con pronóstico menos grave; el resto fueron dados de alta con pronóstico leve.



Portada de Le Journal de Tahiti.
(Fuente: Le Journal de Tahiti)

El lunes 21 amaneció tranquilo y parecía como si nada hubiera sucedido por la noche. Se reanudaron las actividades oficiales previstas y se reanudaron las salidas a tierra. También continuaron los contactos con las amistades de los días anteriores, de forma que los tahitianos siguieron viniendo al barco para recoger a sus conocidos y llevarlos por la ciudad o de excursión. La única consecuencia del tumulto en la rutina de puerto fue la anticipación del regreso

de francos al ocaso como medida de precaución conjunta del mando naval francés y de nuestro comandante, aunque tuvo escaso impacto entre nosotros por estar implicada gran parte del barco en la recepción oficial que se celebraba esa tarde noche a bordo.

Ese día el comandante se reunió en la sede del Gobierno territorial con las máximas autoridades del Gobierno y de la Marina presentes en ese momento en la isla. En un ambiente cordial, se aclararon las circunstancias del incidente y, en particular, la respuesta adoptada por el barco para evitar males irreparables. Las autoridades mostraron su conformidad y lamentaron lo sucedido. También se coordinó adoptar una política de comunicación activa y el comandante ofreció entrevistas a los tres medios escritos locales.

Partida

La noticia del suceso apareció en prensa el último día de puerto, martes 22. Dos periódicos se inclinaron por culpar a los naturales de la isla como causantes del incidente. No así, *Le Journal de Tahiti*, con una portada impactante, repartía la culpa por igual entre tahitianos y españoles; no obstante, el mero relato de lo sucedido, despojado de su exposición sensacionalista, era bastante veraz, e incluía la declaración del comandante con su versión de los hechos.

Después de comer nos hicimos a la mar en demanda de Balboa (Panamá) con otro mes de navegación por la proa. Nos esperaban muchos días de calmas ecuatoriales, que enfrentaríamos con los escasos y limitados equipos de aire acondicionado instalados entonces, pero con el evaporador ya reparado con los repuestos recibidos en Moorea. El

bombero de guardia tendría algo más de trabajo que en la navegación anterior y volvería a oír las voces lastimeras procedentes de las duchas de guardiamarinas.



Pacífico. Manguerote para ventilación de interiores.
(Imagen facilitada por el autor)

Había sido una escala muy distinta de las americanas precedentes: Río, Montevideo, Mar del Plata y Valparaíso, puertos con lazos históricos más fuertes y con más y variadas posibilidades que Papeete. Pero la belleza exótica de Tahití y la amabilidad de su población nos habían fascinado. Nos sentíamos muy afortunados por haber navegado hasta aquellas lejanas islas, a las que era poco probable que pudiéramos volver. El incidente sufrido fue sobrecogedor, intenso y peligroso, pero sólo alteró la bonanza de la escala durante unas pocas horas y, además, nos procuró una emocionante aventura bajo la Cruz del Sur que poder contar a nuestros nietos muchos años después.

Epílogo

Las líneas precedentes se inspiran en recuerdos propios y de algunos compañeros, así como en el relato del periódico citado. Todo ello se ha podido contrastar, gracias al apoyo generoso del Departamento de Archivos Navales del Instituto de Historia y Cultura Naval, con el contenido del parte de campaña del crucero 1976-1977 del *Juan Sebastián de Elcano*, que incluye específicamente un «informe del incidente acaecido en Papeete en la noche del 20 al 21 de marzo».

La narración expuesta del incidente se desvía en algunos pequeños detalles de lo reflejado en los documentos oficiales,

que tienen, naturalmente, un enfoque distinto. En esos contados casos he preferido mantenerme en el confortable campo de la memoria en vez de ajustarme con rigor al ámbito documental, evitando también la identificación expresa de los participantes. En cambio, sí que he tomado directamente de los informes oficiales lo que se indica en los últimos párrafos sobre la actuación y decisiones del comandante del buque en la gestión del incidente, el parte de heridos y las informaciones sobre las autoridades francesas.

Aunque los guardiamarinas no lo supiéramos ni lo apreciáramos, había circunstancias facilitadoras de aquel suceso, que hoy pueden

encontrarse en fuentes de información general y en el propio parte de campaña citado. En efecto, nuestra escala se produjo en un período agitado de la Polinesia Francesa, que algunos denominan como la crisis de 1975 a 1977, de la que conviene señalar algunos hechos que dan idea del clima político y social que se vivía en aquellos días de marzo de 1977:

—Si bien la cuestión independentista viene de más atrás, en ese período se fundan dos organizaciones con recorrido: la Mana te Nunaa en 1975 y el Frente de Liberación de Polinesia en 1977.

—La Asamblea territorial de la Polinesia Francesa con sede en Papeete estuvo ocupada por autonomistas desde finales de 1976 hasta su disolución en marzo de 1977 por el Gobierno francés.

—Mientras el barco estaba atracado en Papeete, tomó posesión el primer alcalde nativo y autonomista elegido la semana anterior a la llegada. El domingo 20, día del incidente, se celebraron elecciones territoriales en toda la Polinesia Francesa.

—El 12 de julio de 1977 este territorio recibiría un nuevo estatus de autonomía de gestión, con cambios en la organización administrativa y política. No obstante, el clima de violencia desembocó en el segundo semestre de 1977 en varios atentados, con una persona fallecida en Papeete.

—El activismo antinuclear era otra cuestión presente desde la creación del Centro de Experimentación del Pacífico en los años sesenta. El 19 de marzo, víspera del incidente, tuvo lugar una explosión nuclear subterránea en el atolón de Mururoa.

En conclusión, hubo que hacer frente a una situación inesperada y difícil en la que se hicieron bien las cosas, empezando por la gestión de la crisis por parte del comandante, siguiendo con la también inteligente y ponderada actuación del oficial comandante de la guardia y de sus subordinados, así como, en general, la intervención del resto de oficiales, suboficiales, marinería y guardiamarinas. Todos contribuyeron a que el incidente no desembocase en algo mucho más grave de lo que fue, con consecuencias inimaginables. No puede negarse que algunos de los nuestros, exaltados por los golpes recibidos, pretendieron o realizaron acciones inapropiadas, pero siempre tuvieron a su lado a otros que contuvieron sus ímpetus antes o después. En cualquier caso, cabe concluir con *El alcalde de Zalamea*: «¿Y qué importa errar lo menos quien acertó lo demás?».

Un gran barco y una gran escuela.